

b. Los tejidos entre memoria, memoria colectiva y memoria histórica

Para entender la estrategia pedagógica de la Caja de Herramientas, es necesario comprender la lógica que orienta su estructura documental. En esta sección se describe dicha estructura.

El presupuesto fundamental de la Caja es que, para comprender la guerra y desarrollar habilidades con miras a no seguir repitiéndola, es necesario trabajar tres registros interrelacionados sobre la manera como nos apropiamos del pasado, vivimos nuestro presente y nos proyectamos a futuro.

El primer registro es el de la memoria personal. En este, la memoria se organiza alrededor de los hitos y eventos revestidos de significancia personal que sobresalen en relación con los demás. Por ejemplo, para una persona pueden revestir especial significación el día del grado, el nacimiento de un primogénito, la tarde del entierro de un padre, el instante en el que se entra oficialmente a un grupo armado o el momento en el que un grupo armado se instala en la comunidad y trastoca las rutinas cotidianas.

En esta memoria personal, la guerra ha dejado huellas. En el caso de las víctimas o de

los testigos directos, el conflicto ha suscitado memorias traumáticas que no han sido escuchadas y que ameritan un espacio solidario de tramitación. Por otra parte, los testigos indirectos, es decir, quienes escuchan vía medios o se enteran a través del “voz a voz”, también acusan huellas y construyen narrativas sobre el significado de los eventos.

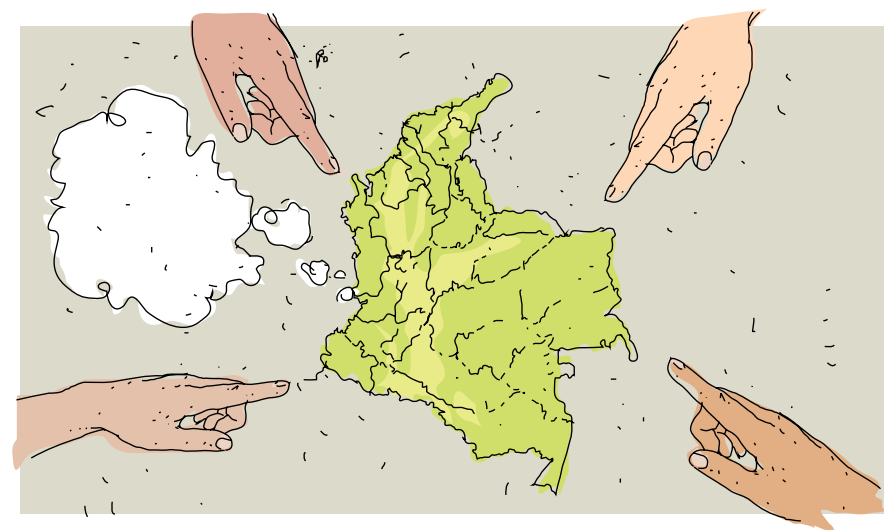
El trabajo sobre la memoria personal también posibilita identificar “las memorias de la vida” de las que somos portadores, esas que nos permiten, desde ese reconocimiento, transitar por caminos de “desaprendizaje de la guerra”: así como la guerra se aprende y se instala en nuestra cotidianidad y en nuestros cuerpos, también se puede desaprender ubicando esas conexiones con la vida y con los otros, a la luz de miradas incluyentes, democráticas y respetuosas de los que ya somos portadores.

Ahora bien, los eventos de la memoria personal con su significancia individual se intercalan con acontecimientos que se organizan en el segundo registro de la memoria: la memoria colectiva. En cierto sentido, los hitos

de la memoria individual están emplazados en la memoria colectiva. Para el caso particular de las víctimas, los eventos que las afectaron de forma individual y las historias de resistencia o de retorno se enmarcan en memorias colectivas, que reconstruyen dinámicas comunitarias más amplias en relación con el conflicto y la resistencia. Tal memoria colectiva se entreteje en el cotidiano cuando gestores de memoria comunitarios ofrecen interpretaciones de lo vivido que se van arraigando como verdades para la comunidad.

Además de trabajar las memorias personales para construir espacios de escucha y diálogo sobre lo vivido en clave personal, la dimensión de la memoria colectiva permite que la historia de otros y la historia propia se empiecen a concebir como una historia-en-común: quizás mi dolor como madre se conecte con la historia de sufrimiento de un padre que perdió a su hijo en otra comunidad y en el marco de una intervención de un grupo armado distinto. Del mismo modo, mi historia como joven que añora ser reconocido por todos resuena con la historia de ese otro, con quien compartía deseos y cuyo afán de cumplirlos lo llevó a vincularse a un grupo armado, para luego darse cuenta de que tal decisión constituía, a veces, una entrada sin retorno. (Fraser, 1997; Mallon, 1995).

Queremos además brindar herramientas para que niñas, niños y jóvenes y maestros y maestras puedan desarrollar los criterios necesarios para distinguir entre las memorias colectivas que cultivan una convivencia democrática y aquellas que promueven interpretaciones totalizadoras y divisorias. Entre estas últimas se destacan **las memorias falsificadoras, esas que niegan hechos acontecidos, o las memorias vengativas, que interpretan los acontecimientos en claves esquemáticas y estigmatizantes de buenos y malos.**





y que borran los entretejidos complejos de la guerra y sus zonas grises.

Finalmente, existe el registro de la memoria histórica. Este toma los recuentos de la memoria colectiva y los nutre con información de otras fuentes, utilizando herramientas propias de la historia y de las ciencias sociales para inscribir y articular los recuentos comunales en una historia nacional. La aplicación de preguntas y técnicas disciplinares sobre los recuentos de la memoria colectiva tiene sentido porque permite, por un lado, garantizar un mayor nivel de precisión de cara a los hechos, pero también porque suscita una comprensión que incorpora nuevas fuentes y nuevas voces.

Para comprender cómo la memoria colectiva y la memoria histórica dialogan, entran en tensiones y disputas, se complementan y se enriquecen, es necesario, en primera instancia, reconocer cómo cada una se mueve en un registro particular. Desde la memoria colectiva, por ejemplo, las víctimas pueden perfectamente sobreestimar el número de perpetradores. Esto ocurre porque el recuento personal de lo vivido o de lo colectivo se hace a la luz de los impactos emocionales y la significación de los eventos en la vida de cada uno. Leídos en clave de memoria personal y de memorias colectivas, estas narrativas nos permiten ponernos en el lugar del otro, pues suscitan preguntas de empatía emocional. Escucharlas desde el lugar de la empatía en lugar de cuestionar su veracidad nos permite emprender un viaje hacia el corazón de los testigos y comprender lo que ellos sintieron frente a la indefensión, la humillación y la deshumanización, que en muchas ocasiones acompaña el ejercicio violento del poder en el marco de la guerra. Esta perspectiva nos permite comprender que, de haber estado allí, seguramente nosotros también habríamos sentido el miedo y la impotencia, y habríamos recordado

a más atacantes de los que en realidad estuvieron presentes, gracias a su inimaginable capacidad de destrucción.

Esta educación emocional es fundamental para propiciar el surgimiento de ciudadanos concernidos y no indiferentes frente a la suerte de los demás. Estudiantes capaces de emprender actos solidarios y de sentirse parte de una historia en común, frente a la que, como ciudadanos, tienen una responsabilidad. También permite comprender que **el acto de escuchar se refiere más a la validación de las emociones y a la significación de lo experimentado que a la verificación de los hechos.**

La memoria colectiva es, también, el terreno donde las comunidades resguardan sus saberes, enuncian sus reclamos y recrean, desde sus tradiciones y cosmogonías, una identidad común. Pero la memoria colectiva puede, así mismo, ser el terreno donde comunidades o sociedades regionales resguardan sus versiones de la historia frente a los intentos de imponer una historia total, ya sea por parte de un estado totalitario o de actores armados con pretensiones de control absoluto. Por ejemplo, en la antigua Unión Soviética, las personas conocían perfectamente la historia oficial rusa, pero creían y confiaban mucho más en la memoria colectiva, que era transmitida de manera clandestina, subterránea si se quiere, a través del “voz a voz” de las comunidades (Wertsch & Rozin, 2013). Frente a la “aplanadora” de una historia oficial, las memorias colectivas preservan, entonces, la pluralidad, ese “poder decir”, interpretar y narrar los acontecimientos a la luz de sus experiencias particulares y de sus saberes. En tal sentido, la memoria colectiva también puede ser fuente para la reconstrucción de una historia compartida. Los dirigentes y gestores de memoria locales a veces conocen, con enorme precisión, las dinámicas sociales y políticas, armadas y desarmadas, que se despliegan en sus territorios.

Albergan un conocimiento y un saber que no puede ser desconocido (Mallon, 1995; Stern, 2002).

La memoria histórica, por otro lado, reconoce esos saberes y conocimientos albergados en las memorias colectivas, y los entreteje con otras fuentes y debates para ponerlos en un diálogo cada vez más multivocal. Gracias a ellos, la historia local puede, a su vez, brindar luces sobre la historia del país. Además, las distintas interpretaciones sobre la historia nacional pueden pluralizar las memorias colectivas locales e interrogarlas para que no se fosilicen a la manera de una historia oficial local. Los dos registros pueden relacionarse de diferentes maneras y democratizarse mutuamente.

Este esfuerzo por entretejer las memorias colectivas y la memoria histórica apunta, finalmente, a desentrañar la manera como las

dinámicas nacionales de la guerra entroncan con los conflictos y con los actores regionales. Para esclarecer las interacciones entre ambos planos –el nacional y el local–, primero es necesario reconstruir la singularidad de las sociedades regionales y locales: ¿Cómo es su geografía y su medioambiente? ¿Cómo marca esta geografía y medioambiente una vocación productiva? ¿Cómo compiten los actores por los recursos regionales? ¿Qué tipo de orden local emerge de estas interacciones? ¿Cómo intervienen las instituciones y los partidos en estos conflictos? ¿Con quiénes se alían los actores armados? ¿Cómo y por qué logran esas alianzas? ¿Cuáles son sus estrategias en ese momento?

Así, para comprender cómo una guerra llega y refracta a nivel local, es preciso detenerse en las memorias colectivas desde las que es posible

las memorias colectivas

preservan, entonces, la pluralidad, ese "poder decir", interpretar y narrar los acontecimientos vividos desde sus vivencias y saberes.



reconstruir la trayectoria de construcción de Estado y sociedad a nivel local. Por ejemplo, la existencia de unas tierras altamente productivas en los Montes de María puede conectarse con la disputa armada que sufrió esa región a través de procesos asociados al conflicto por la tierra que pueden ir hasta los años treinta. Esta historia en clave de memoria colectiva exige la escucha de los y las historiadoras locales, esas personas que fundaron un pueblo y pueden, desde su experiencia y sus memorias vivas, brindar pistas sobre los conflictos, las luchas y las conquistas locales. **Esas y esos historiadores locales son un archivo vivo, que es necesario resguardar del olvido.** Nos hablan a las generaciones presentes de una historia-en-común.

La conexión de esta historia local con un relato nacional viene de preguntas que buscan articular esos esfuerzos de construcción local con

eventos y dinámicas nacionales. ¿Qué políticas se impulsaban desde el centro cuando se estaban desarrollando los eventos del nivel comunal? ¿Quiénes respaldaban las políticas que afectaban la vida local? ¿Quiénes se oponían? ¿Cómo eran los diseños institucionales en ese momento? De esta manera, las voces de los y las historiadoras locales se van articulando con eventos y dinámicas de orden nacional, y le hablan a fuentes y archivos que se encuentran en otros lugares.

Así, la interpretación de los eventos que se realiza en la construcción de memoria histórica es, además, una forma de enriquecimiento de los recuentos de la memoria colectiva y vice-versa. En dicho caso, esta última se enriquece a través de una interpretación que permite darle sentido y resignificar los eventos de nivel regional en diálogo con los que acontecen a nivel nacional.

En el caso de eventos límite, como por ejemplo las masacres, estos eventos no pueden ser única y exclusivamente reconstruidos en términos de cómo acontecieron en un nivel descriptivo, desconectado de una historia más amplia de conflictos regionales y dinámicas nacionales; estos hechos tienen un significado ulterior. Por ejemplo, hay casos en los que la evolución de la violencia puede ser interpretada, o trabajada mejor, en clave de género, como en el caso de Portete, donde los paramilitares se ensañaron contra las mujeres porque ésa era una forma de romper el tejido social de las comunidades que habitaban los territorios, pues ellas encarnaban el sentido de comunidad. Cuando se construye una interpretación desde la memoria histórica, la perspectiva de género es identificada como una manera que permite dilucidar los impactos diferenciales que tiene el conflicto armado

sobre mujeres, hombres, niñas, niños, jóvenes y personas con otras identidades sexuales. Esto ilustra, por ejemplo, los motivos que los actores armados tuvieron para atacar específicamente a las mujeres en esta región de la Guajira. Sin ese lente, la violencia ejercida contra ellas puede ser interpretada como un **“error”, un “daño colateral”, lo que borra las decisiones y planeaciones que están detrás de este ataque.** Esta interpretación, por supuesto, se nutre de la memoria colectiva, pero la enriquece con nuevas preguntas que permiten ir develando justamente los engranajes, no siempre obvios, que se esconden detrás del horror. **En la memoria histórica, otras fuentes, voces, recuentos, experiencias y teorías son traídos para enriquecer el caso, por ejemplo, a través de la contrastación con casos similares en otras partes del mundo.**